

# Creación literaria

CECILIA CAICEDO J.<sup>1</sup>

---

## La hermana. Crónica de un instante 0

¿Por qué me gustó y cuán sensible me puso la lectura de *La Hermana*, de Sándor Márai?

—Solo el que ha sentido la angustia y los placeres de la vida (pocos o muchos, lo que importa es el concepto), con la sensibilidad del arte y de las letras, solo el que ha sabido del amor, de sus cauces, de sus ríos y sus caudales, solo el que ha escanciado los placeres de la mesa, de los vinos, los aromas, y solo el que en el otoño de sus días siente que el reposo se aposenta quedo en sus retinas, en el pausar lento, que ha detenido o intenta detener el sentido de las cosas, la conversación, las palabras y los puertos del silencio, solo a ese lector le llega fuerte, lo imagino, una novela que se instala en la percepción del dolor, de la enfermedad y pérdida, que se acomoda bien desde el argumento a indagar en las cumbres de la gloria y el desvanecimiento del aplauso y las voces de alabanza. Ahí está posicionado el músico que escribe su carta náutica sobre su enfermedad y el dolor y la relación con las enfermeras y el entorno hospitalario. Pero especialmente es el registro del reconocimiento de la enfermedad, de las dotes del chamán, de Dios que procura caminos de salida a los creyentes en la vida espiritual, de los caminos posibles al encuentro de la vida entre los que ya son estertores de la muerte.

¿Por qué me gustó la lectura de *La hermana*? El reconocimiento del proceso en otro, un personaje de ficción, un yo distante a mi dolor o angustia, las mías personales y las de otros seres cercanos a mi alma, a mis tejidos y a mis huesos. Reconocer los síntomas de una enfermedad, para ello hay que tener conciencia de que ella existe. Y ni uno ni el enfermo saben que la enfermedad aparece con un síntoma ligero o fuerte. Es el misterio insondable de estar vivos, nunca sabemos en qué momento dejamos de ser lo que veníamos construyendo, y el miedo terrible a tener que dejar de reír, a dirigir los ojos y los pies y las manos con la decisión intangible de unas neuronas obedientes. Ella, mi pequeña princesa, la niña de los ojitos con mirada triste, alguien le dijo estúpidamente que debían o tenían que ser negros, solo por la letal y tormentosa idea de cumplir un sueño: el de encontrar a la niña de los ojos negros, que lo perseguía en la hondura de su propia destemplanza. Ella mi pequeña princesa de ojos café tinto, soñadores, con largas pestañas que siempre tiraron hacia abajo como sombrilla para tapar las miradas de sus ojos, miradas locas por agarrar el mundo, miradas que obligaban a ver la vida para beberla toda (y toda es un decir porque la vida es como el mar, gotas que andan

1 Escritora.

juntas pero siempre distintas y distantes) y para sentirla con fruición plena en el *spleen* de un cigarrillo, en sus volutas suaves, en los tonos grises y cambiantes de la aspirada suave, a veces fuerte, de un humo que llega a los pulmones, que recorre el cuerpo y que se instala en la punta de los dedos de los pies, de allí el humo sigue su camino en ascenso, siempre en espiral buscando la salida, pero antes se ha encumbrado en la solera de su cuerpo, y sus ideas se agitan porque el humo les ha robado el espacio del reposo y ese humo convertido en cantata, ella lo expulsa, lo detiene, lo mira, lo goza, lo sufre con la tos que la acompaña ocasionalmente, pero me dice siempre: —no imaginas lo que pienso y lo que siento cuando fumo. Y así como fuma la princesa de cejas negras, pobladas, firmes, que acusan su personalidad indómita, el sentido de viajera de los cosmos, el norte de esos ojos soñadores y profundos, así, con la misma impenitencia, alza una copa de licor, que da paso a las siguientes.

Y el licor como el humo del pitillo fino lo escancia como solo ella sabe hacerlo, sin parar en mientes, sin sentirse pecadora o censurada, además que le importan a esas cejas definidas lo que el mundo sea capaz de gritarle en ecos con sordina: ¡qué no fumes, qué no bebas! Ella sabe que el licor se suma igualmente en la solera de su cuerpo pero además tiene la virtud de instalarse en la mitad del alma y entonces solo entonces pide que por favor le entonen LA TIRANA.

Y entonces la alegría se expande y se aposenta en su cuerpo de diosa y de sirena. Entrada en carnes, sin caer en los excesos, sus piernas ágiles danzan los ritmos locos del caribe, porque en esos ojos, esas pestañas y esas cejas permanecen atrapados los barcos, las flotillas, los bongos que cruzaron desde siempre los mares del atlántico y los del adelantado don Balboa de España. Y el ritmo aflora, no se de donde sale, pero está ahí, loco torbellino que le ilumina el cuerpo y la mirada. Y aparece la risa que no es lánguida, toda ella vida y música, no pidiendo aplausos sino sintiendo que ella está ahí, que es ella misma, que es vértigo y pasión, antorcha que la ilumina toda, pero además le permite llenar de incandescencia el escenario.

El escenario que sea, la sala de su casa, la casa de los otros, el sitio público, la calle, la tarima, la esquina de Baviera, y todos los truji, las marielas y los que no la conocen igual que los que la aman, la admiran y se ríen sin mofarse, admiran la frescura y la candidez en cada movimiento, la ternura que la obliga a poner el alma en cada cosa insulsa o importante. Sintiendo, en sus gestos, con Arturo, el más grande poeta del XX colombiano: *Por una estrella de mental/que enciende toda sangre*

La princesa de los ojos moros, oscuros y almendrados, soñadores y rebeldes que echan fuego, baila, bebe, fuma y come con la intensidad y las ganas de vivir solo ese instante, cada minúsculo segundo de su vida, cada partícula de su ser que piensa y que no tiene que tocarse para sentir que el curso de sus veinte largos años puede detenerse o prolongarse, no importa si lo que quiere sentir es que el instante cuenta, que solo eso existe sin metáforas, sin curvas de ascenso, sin proyecciones y quimeras a veinte o cuarenta o sesenta años.

La princesa de los ojos que hablan igual cree en la capacidad de la razón y en el orden-equilibrio de las cosas; cuando niña era una osada cumplidora de sus deberes académicos, después resolvió encontrarse con la academia de segundo

grado y se convirtió en profesionalista y exitosa, se luchó la vida en una empresa de provincia y se aburrió justo del musgo lugareño.

Y ahora la princesa anda por espacios nuevos, que ya eran conocidos, intentando no habitarlos sino morarlos. La morada es la cueva construida, morar es preñar de personales energías la estancia, morar es darle el color y la vida y el olor y los perfumes que sentimos soñamos y vivimos. No importa que el espacio sea minúsculo o espléndido, lo importante es que cada morador sea capaz de nutrir cada rincón con vida. Ahí está en una pequeña ventana de París, fumando y soñando con palabras, con ideas, con músicas llenas de lo terrenal y alado. Dice ella que es de chuchunés, y yo no sé si ese es un pequeño espacio perdido en las montañas húmedas cercanas a la mar oceana. Creo que nunca conoció el tal sitio o solo está en la imaginación de sus amigos invisibles de la infancia. Gomacacho y gomocilia, gomocilia y las cecillas perditoras.

Lo cierto es que su pasión no es vivir lo externo o lo que suene a espurio, su verdadera trinchera es la palabra. Y entonces los ojos se unen a su boca, unos labios carnosos y sensuales, unos dientes a los que tuvo que intervenir el odontólogo para que sean más blancos, relucientes y alineados. Y ahí en esa boca que se llena de una extraña y melódica armonía le danzan las palabras que son solo y únicamente el instrumento de un pensamiento febril por la vida, por el mundo de los pobres, por los menesterosos a los que ella por extraño fatum o por genes culturales heredados de alguien que fue tan briosa como ella, ama y protege y ensaya investigaciones o cuentos que terminan buscando raíces legendarias.

A mi me gusta oírla hablar, miente con agrado, da clases a un público borracho que en pleno carnaval se detiene a oír unas historias ricas en hazañas de un señor Bolívar que rivalizaba en el Santafé de antaño con un tal Santander, los dos de ideas y posiciones valerosas. O habla en serio y entonces se encrespa y defiende sus ideas con la misma vehemencia con que fuma o con que bebe. La fuerza sale de su más profundo ser y colma ella el auditorio.

La madre palabrera como ella, supo que era mejor callar para que ella diera curso a la velocidad de sus ideas, a su argumentación organizada como le habían enseñado en su colegio sobre la discusión a partir de un sujeto del discurso y la claridad que se desgrana en cada idea. Pero la madre no aceptó con agrado, simplemente sucumbió a la actitud de una niña que podía inventar en un segundo su enamoramiento por el muchacho de las botas moradas y de la cresta verde y del concepto punk en un bar de Bogotá. Y como no aceptar la capacidad de narrar después de oírla hablar ante adultas mujeres inteligentes todas con sabiduría de años, y ella solo con su fuego y su palabra convenciendo a Isa, la amiga impenitente, que solo miraba y aplaudía hacia adentro y los ojos se le humedecían ante la fuerza de un relato que todas sabíamos era fantasía con la que podía descrestar a ese público o a otro. Supe después que cuando sustentó su tesis de pregrado, la jurado mayor, sabedora de la doctrina de mujeres, lectora de género desde puntos superiores, había sucumbido a su discurso y lo calificó desde el fondo de sus ojos que trataban de impedir la delación de sus lágrimas admirando a la alumna, provocante en la palabra y el discurso.

Y como en LA HERMANA de Sándor Márai, se me anudan las palabras y no soy capaz de llegar al objeto de este encuentro. Para sanarse hay que intentarlo, para aceptar que estoy aquí y que los karmas, si es que existen, están lejos de este entorno y de esos seres de amor a los que en efecto queremos dedicarle el alma y la capacidad de ensoñarnos con sus vidas. Solo un segundo, mínimo espacio del terror, solo una pequeña fracción de tiempo en que se sacudió el espacio que poblábamos ella y yo. Una cama, de la madre (el esposo ausente, con ausencia amorosa buscadora del encuentro), luz prendida, televisión encendida con unas imágenes de guerra, la narradora Claudia Gurissatti, bella, delgada, inteligente, nerviosa, voz con temperamento y ojos que miran con velocidad de vértigo. El programa se llamaba a secas LA NOCHE. Extraño nombre para un espacio que tiene forzosamente que ganarse el rating a codazos, como sea, la noche es un artículo y un sustantivo simple, pero creo que ahí en esa sobriedad se acuna la magnitud de la noche. La noche es fundamentalmente urbana y por eso me gusta, la noche es bohemia y por eso me seduce, la noche es en la ciudad palabra, en el monte endriagos, en la ciudad es luz y ruido, en el campo es calma y plenitud del miedo. Esa noche, se cambiaron los cursos del cosmos familiar.

Madre había comprado un tiquete aéreo para que niña de ojos exultantes viaje. Al día siguiente estaba programado el vuelo y se recostaron en la cama, en sendos pijamas tropicales, frescas para soportar el bochorno de la noche. ¿Cuál bochorno? El tiempo era cálido y no presagiaba ni tormenta ni calor sofocante; a fuerza de estar tensas por el viaje y a fuerza de oír la cantinela de la guerra colombiana, de los secuestros, de la gente secuestrada que es obligada a vivir amarrada a un árbol o esposada con cadenas a unas jaulas apestosas, pudriéndose en la mitad de la nada, a fuerza de no tener argumentos o de sentir que sobran las ideas para pedir, exigir, implorar, imponer o llorar respetuosamente por la paz ausente en un conflicto que como el colombiano excede cualquier explicación, madre e hija se aletargaron cada cual pensando sus propios sentimientos.

La niña que había tenido de pequeña un caminar cadencioso y vanidoso y que de adulta lo reemplazó por un caminado como de potranca fina, de paso firme y rápido como quien salta los escollos del camino, sin tropezar con nada, la niña pensando en su viaje para ocupar un nuevo cargo, como abogada o como investigadora en la academia nacional, cerró sus ojos, fingió dormir para no hablar torpezas sobre una guerra que en verdad las preocupaba. Pero no era el momento, tampoco eran las circunstancias propicias para el tema. La madre no pensaba siquiera, se dedicó a transitar sus ojos entre el programa de la tele y el rostro de la hija que ahora lo percibía un poco triste, un poco cansado, un poco... distinta.

La noche, programa sobre política y muerte, sobre derrota y sobre crisis de lo institucional. La noche y una cama: madre e hija. Finalmente duermen los dos espacios: el de la Gurisatti porque ya no lo estaban viendo las mujeres, y estas porque finalmente habían dormido sus neuronas.

Un segundo, solo un mínimo instante, y como capturarlo si es pasado y es presente y es futuro, instante que no existe, desecho entre las conjugaciones temporales, partículas de tiempo que hemos querido volverlas invisibles. Pero ahí

está el segundo, esa milésima de tiempo, yo sentí un fuerte terremoto, fue una sacudida intensa, sentí que la cama se desplazaba de norte a sur, un solo estartazo como cuando se da encendido a un auto; y como había luz y había ruido, televisión prendida y la Guri hablando, y había el recuerdo, la aterradora sensación de los temblores, en esta tierra los movimientos telúricos se producen de tiempo en tiempo y regularmente. La conseja popular dice que cuando no hay viento, cuando no se mueve ni una sola hoja de árbol, va a temblar, y en esa escasa fracción de tiempo mi memoria se percató que durante todo el día no hubo viento, tampoco calor o frío, la naturaleza muda e igual mi memoria recordó los últimos episodios de temores de tierra, los muertos, la necesidad de correr no se a donde, de dejarme llevar por mi hija menor que siempre era mi salvadora, que desde la fragilidad de su cuerpo de niña adolescente se echaba literalmente a la madre al hombro y la bajaba en vilo los siete pisos del edificio hasta ponerla a salvo y pasarle agua y cigarrillos y regalar a la madre con amores y con besos.

Y entonces grité como lo hacia mi hija menor cuando trataba de decirme mueve el pie izquierdo luego el derecho, tu puedes mamá, ayúdame a bajarte, así con el mismo desespero, a mi princesa de los ojos tristes, grité su nombre (no sé cuántas veces) le ordenaba tirarse de la cama, correr a un lugar seguro, ponerse al abrigo del quicio de la puerta. Y solo recuerdo que decía DESPIERTA, corre... Corre. Está temblando.

Es solo UN SEGUNDO de la noche, es la intensidad de ese instante y lo difícil de atrapararlo en el recuerdo. El recuerdo en si no existe, solo asomos de vivencias idas, ideas difusas, un rayo de luz, la madre sale de su cama buscando su propia protección pero el instinto de la madre la hace mirar inmediatamente a la princesa y ella es la que tiembla, no es la tierra, en ella está el temblor que se agiganta, no convulsiona, se mueve de norte a sur como surcada por la luz eléctrica, es arrítmico el movimiento, ella va y viene, la cama se mueve con ella dentro y entonces madre se lanza hasta su lado invocando su nombre dándole órdenes precisas para —QUE NO ME HAGAS ESTO, vuelve, aquí estoy yo, tu no puedes irte, y las manos de madre se posan sobre el pecho de la princesa de largas pestañas relucientes, para masajear su corazón dando órdenes, dando gritos y suplicando que no, —que no te vayas, no me abandones, mira que yo te necesito, yo sin ti no podría vivir, no tienes mi permiso para irte— y luego toma el brazo, el brazo del corazón que está paralizándose y masajea con toda la fuerza de sus manos y le da besos en la frente y la llama. Y el que era un mínimo segundo, una fracción cálida del tiempo, se congela y luego se esponja como si tuviera levadura para hornear y niña princesa, está pálida, de un color de cera, ausente de la vida, ausente de los besos y las órdenes y de las lágrimas de madre, que finalmente la abandona en busca de auxilio.

Primero toma el citófono para pedir al portero que la comunique con alguien, con quien sea, el hombre no entiende nada, solo pregunta que le pasa mi señora, y la señora no me pregunte llama a alguien, muévase. Cuelga el citófono, mira a la princesa que está ahí y no está en ninguna parte, está en un limbo, respira pero no es consciente del aire que entra a sus pulmones, hay luz encima de sus ojos pero no tiene capacidad para mirar la intensidad o la debilidad de los haces, la

Guri habla pero esas palabras no horadan sus oídos. Entonces madre corre hasta el piso de abajo, toca la puerta del 601, hay luz, los vecinos son amigos pero nadie contesta, sube hasta el piso 15 y ahí alguien, otra vecina abre la puerta, bajan las dos, contemplan a la princesa que está igual, sin movimiento alguno, los ojos entreabiertos, la boca ligeramente abierta, una pequeña capa de saliva sale por la comisura de sus labios que habían perdido el encanto y la capacidad de decir las palabras que ella hablaba.

*Yo no tengo noción alguna de recuerdo, oigo unos rumores y unas voces, me sé en una sala amplia de una clínica y veo a casi todos, la inmensa mayoría de mis compañeros de oficina y se que yo hablaba mucho pero sin tema alguno, o por lo menos no recuerdo el motivo de unas palabras que ellos me decían solo me oían mientras yo hablaba repitiendo que todo estaba bien, después la mente nuevamente en blanco, al tiempo me encontré en la clínica de una ciudad distinta y yo estaba conectada a miles de mangueras, si me movía o respiraba vibraban uno u otro aparato y llegaban unas enfermeras, que hablaban con otro acento al de mi región de origen. A mi lado había un señor igualmente conectado a otro artefacto como el mío, que nos media la respiración, los movimientos. Pocos movimientos a decir verdad, yo siempre estuve acostada boca arriba y la imposibilidad de moverme era total porque tampoco quería desarmar la complicada tecnología que me envolvía como si fuera una madre fría, glacial, pero segura de tenerme aprisionada entre sus garras. Al poco rato entró mamá, la vi maquillada, bonita, pero no puedo decir que como siempre. Me saludó con amor inmenso tratando de guardar el equilibrio, pero yo percibí que algo andaba mal en ella, me miraba de manera extraña, un nuevo brillo en sus ojos, una cierta tristeza, un algo, un no sé qué y entonces yo le contaba del señor de al lado, del que solo me separaba una cortina, que se quejaba todo el tiempo. Y ella, mi mamá, me hablaba de bobadas; a la clínica y los tubos, a los que yo estaba conectada, les restaba importancia y quería o buscaba siempre un comentario con humor, de ese humor insulso que no funciona porque no es inteligente sino necio. De ese espacio del recuerdo a mi mente solo salta uno, ese lo tengo nítido, ese es imborrable; al día siguiente de una noche en que no dormí pese a la droga que me aplicaban cada rato, entró un enfermero joven, con buena pinta, de piel y rasgos blancos, poco mestizaje en su pelo y en sus pómulos, me saludó jovial y solo dijo lo estrictamente necesario: ¡hola!, es la hora de tu baño. Y pensé en que por fin me desconectarían de la máquina infernal, que me quitarían las sondas, que podría estirar mis piernas, ponerme en posición erguida, ir hasta la ducha, cambiarme de pijama, verme ante un espejo. Un espejo era lo que creía necesitar. Un espejo para ver si esa era yo o era otra la que estaba en esa cama de hospital. Yo sentía que al contacto con el agua la pesadilla tenía que terminar y volvería a estar en mi cama, en mi casa, vistiéndome de prisa para ir al aeropuerto y decir en la cita de trabajo, del trabajo que quería obtener, la palabra precisa, la frase aguda, la sonrisa exacta y esperar el, si ha sido contratada. Toda la película pasaba por mi mente con la velocidad del vértigo, pero no, el enfermero lindo y joven no me desconectó de nada, retiró la sábana insípida y procedió a quitar mi bata de enferma y mi ropa interior, la poca que quedaba, solo unos pantaloncitos minúsculos y yo no quedé perpleja, sino consciente de mi cuerpo tratado como un objeto. El enfermero extendió rápidamente una sábana de plástico, para no humedecer mi cama, haciendo girar mi cuerpo joven y jovial pero asustado ante esos ojos de hombre que no parecían de tal sino de un ser mecánico, que ya no hablaba nada, ni*

*siquiera me miraba, y yo esculcándole los ojos, tratando de ver la sensación en su mirada. Agua, jabón, shampoo en el pelo, toalla frotando rápidamente mis piernas, y mi pecho, y mi pubis y mis ojos y mi cara. Y no olvido el sentido humillante de ese instante. El muchacho, eunuco profesional de la enfermería no miró, no se inmutó, solo aseó cada pliegue y cada rincón de mi piel y cada poro, y cada partícula microscópica en donde pudiera esconderse una mota de sudor, de susto, de silencio, de angustia. Le dije cortésmente gracias, sin mirar esos ojos torpes que habían visto hasta el centro de mi centro, que habían mandado al traste mis escrúpulos. Después mi mente vuelve al blanco, a un blanco acuoso, con pretensiones de lechoso, y me vuelvo a encontrar en otra clínica, de un clima distinto, la ciudad ahora es fría, la clínica es cuidadosamente aséptica, y otra vez estoy conectada a otros sofisticados aparatos en una sala de cuidados intensivos. Hasta allí entra mi hermanita, menuda, frágil, decidida. Me llevaba un regalo, una muñeca Hello Kitty, era un tarrito tierno con pincitas para el pelo, todas en color pastel y de todos los matices. Ella mi pequeña y única hermana ha sido siempre regalona, cuando éramos chiquitas, para navidades, durante todo el mes de diciembre y seguramente desde antes, armaba sus regalos, para toda la familia, con lista en mano, ordenaba al parentesco de uno en uno y para todos hacia con sus manos frascos decorados o pintaba palomas y muñecas, hacia de los papeles y los recipientes inservibles potes para guardar las mermeladas, o los botones o los adornos para el pelo. A cada quien lo suyo, que le fuera práctico y útil. Cuando fue profesional con su primer salario le compró a la mamá cremas y afeites y perfumes. Igual al padre y para mí la mejor blusa, el blue jean de moda, los pequeños aretes de plata que según ella, eran el complemento a mi belleza. Mi pequeña hermana me llevaba a Hello Kitty y con ese gesto las dos recuperamos el tiempo de la infancia cuando jugábamos sin que nada ni nadie nos distanciara a las barbies y a los kent y sacábamos a relucir los ajuares para disfrazarnos de gitanas, bailadoras de flamenco o de ñapangas o chapoleras que nunca conocimos, pero eran parte del folclor de los adultos.*

*Ella con hello kitty-amuleto en sus manos y una decisión en la mirada que no olvidaré nunca. Mi mente tiene en blanco muchas cosas y detalles del suceso, pero siempre estará ahí el gesto de mi hermana. Allí volvió a nacer nuestra amistad, hermanos podemos tener muchos o ninguno pero tener un hermano que es además amigo, que es el puerto seguro, el abrazo exacto, la comprensión del mundo, solo ahí estaba con hello kitty para mí. No dijo nada, no hizo aspavientos, solo me peinó, solo me miraba tratando de decir que aquí no pasa nada. Y claro que pasó porque pude entender y sentir más que entender la fuerza de la sangre, el sentido del perdón y olvido, aprendí para el resto de mi vida que ella y yo somos distintas pero somos una, somos diferentes en muchas cosas y actitudes pero somos idénticas en la fuerza del amor y la ternura. Somos como el espejo en que convergen dos imágenes, cada cual habita el propio espacio del espejo pero finalmente el espejo está contenido en igual marco. Y no somos idénticas en ningún sentido, no, somos distintas, pero hay un lazo fuerte que ese si nos da el marco de unidad.*

*A fuerza de mi propia voluntad la puse de pie y no sé cómo la lleve caminando hasta su alcoba, frente al closet e intentamos ayudarla a quitarse la pijama y vestirse con una sudadera, pero rehusó la ayuda, lo primero que me dijo fue: mami, tranquila, tranquila, y entonces comenzó a pedir una camiseta y recordó cual era el diseño y el color y los rotos que a ella le gustaban. Para mi ese era un proceso normal, después me pedía un par de tenis, los que ella tenía en su gusto en ese instante,*

y para mi eso era igualmente normal, y comenzó a ponerse los pantaloncitos interiores uno, dos, tres, cuatro hasta llegar a la docena, y eso ya no me pareció normal. Ahora no me explico como la bajamos caminando hasta el parqueadero y ella aceptó caminar, sus piernas si obedecían las órdenes de su cerebro, que hasta ese momento yo no sabía que estaba enfermo. Yo pensaba que el problema era del corazón, o creo que no pensaba nada y ni siquiera buscaba explicaciones. Una niña tan fuerte, nunca enfermó de nada, absolutamente nada, salvo una que otra gripe, ni siquiera de pequeña tuvo sarampión o rubéola o escarlatina o como se llamen las variantes de esos salpullidos y virales que suelen frecuentar el cuerpo de los niños. Pero en mi retina estaba esa imagen. La había visto extenuada, sacudiéndose con ritmo frenético en mi cama y no podía indagar ninguna explicación.

En los momentos de tensión uno no busca explicaciones, solo reacciona buscando una solución, una ayuda, y la mente de uno está en blanco igual que la de la princesa que ahora solo era una paciente en la clínica vecina a nuestro apartamento.

Ingresó a la clínica a las doce de la noche y los médicos residentes o de turno solo la miraban, uno en especial, joven y mudo, mudo porque nunca me dio explicación, porque rehuía mis miradas que interrogaban que tiene, dígame que tiene. Y ella ahí, en la camilla, a las 3 horas la princesa me miró y como a quien es poco lo que le estuviera pasando me dijo: —Mamá aquí no me están haciendo nada, llévame a otra clínica. En efecto pedí la orden de salida, levanté a mi hija de la camilla incómoda por alta y en ese momento ella debió sentir que se derrumbaba el mundo, porque quedó en el suelo, el médico mudo me quitó la orden de salida, la rompió y volvió a repetir lo único que parecía tenía cabida en sus labios: sigue en observación.

Esperé hasta las seis de la mañana, por breves momentos la dejaba sola y salía a fumar y a aguantar el sereno de una noche fría, pero mi cuerpo no sentía ninguna reacción a la temperatura. No podía llamar a mi marido a medianoche, ni a mi hija menor, los dos estaban en ciudades distintas a la nuestra, desempeñando cada quien sus funciones laborales. Solo a las seis de la mañana les timbré a sus móvil, después de haber prendido un cigarrillo, sin haber pensado en que decirles. El es un hombre honesto y bondadoso, amoroso con sus hijas, como decirle que... pero lo dije de una... princesa está en la clínica, no sé lo que tiene y entonces sin pensarlo dijo salgo ya para allá y yo no, espera por favor, es preciso saber de que se trata, nadie sabe nada. A las dos horas ya estábamos en otra clínica, y comenzaron a realizarle exámenes de todo tipo. Mi amiga Ivonne me dio el dictamen, un nombre raro para una enfermedad poco usual. Pero mientras seguían las evaluaciones médicas y mientras se reunían los especialistas, mi amiga médica, aficionada a la literatura como yo, me pasó un cuento y yo ahora no entiendo como lo logré, me puse a leerlo; a leerlo es un decir, a pasar los ojos por las letras, nunca sumé una sílaba a otra, solo danzaban esas letras, mientras Martha, compañera en la amistad y el trabajo, ya se había apersonado del estado de mi hija, ella Martha era la dueña del problema, ella buscaba médicos, clínicas, papeles, ella iba y venía, ella llamaba y contestaba mi teléfono.

Mientras tanto yo veía que las letras de ese libro danzaban bailes locos, ellas iban sueltas, ellas no tenían significado. Lo que tiene tu niña se llama... y mis ojos ignorantes dijeron no entender con la mirada e Ivonne dibujó una maraña de cruces y descruces de arterias de venas y de vasos que se había arremolinado en su cerebro, que habían recuperado los tiempos de la formación del feto y como estas no habían sido utilizadas para formar una manito, una pierna, una uña o una de sus múltiples pestañas, resolvieron después de tantos años de silencio alborotarse. Rompieron sus caudales de sangre y abrieron sus propios ríos en el cerebro de mi hija, el nombre no importa, solo cuando me dibujaron el cuadro, cuando pintaron su cerebro, cuando me dijeron en donde estaba ubicada la tal malformación artero venosa, entendí lo que pasaba, entendí solo parcialmente, porque tuve que preguntar a Ivonne si era grave y ella no tuvo valor para afirmarlo con los labios, solo un pesado y lento movimiento de cabeza, afirmando, aceptando, sentenciando. Yo no lloré, decidí que no habrían lágrimas, tenía que defenderme sola, apoyar a la niña, a mi marido y a mi hija menor que ya estaba armando el viaje de acompañamiento y mas que eso para hacerse responsable de su hermana mayor, para apoyarla y entregarle el amuleto, sus besos, esa inmensa ternura que cabe en su alma.

Los médicos ordenaron el traslado a otra ciudad, otros equipos más sofisticados y allá llegamos las dos en una ambulancia en donde el enfermero que acompaña le cantaba canciones y le hablaba, para tenerla despierta, no sé por qué no querían que se durmiera. El esposo y padre estaba allá, esperando que llegue la ambulancia, en un calor infernal y el de corbata y vestido elegante, con algo en la mano, no sé que era. Tres horas llevaba esperando que lleguemos, tres horas achicharrándose en ese calor crepitante, tres horas con el corazón en vilo y diciéndose a sí mismo que hay que ser fuerte, no me puedo derrumbar, voy a recibirlas con sonrisas, les daré todos mis besos, las llenaré de amor, de aquel sentimiento que me embarga. La puerta de la ambulancia se abrió pero antes de abrirse yo lo había visto ahí parado en la entrada de la clínica y no había sonrisa en sus labios, ni tranquilidad en su rostro, solo un rictus de dolor inmenso, y esos ojos que me habían enamorado y esa boca de labios deliciosos no mostraban sino miedo, pánico, un terror inmenso. Y lloraba, lloraba en silencio, sin ningún tipo de aspaviento, las lágrimas solo bajaban de sus ojos a sus labios, lentas, discretas como el, las lágrimas llenando de sal su rostro.

Desde ahí yo me sumergí en la nada, el tomó las riendas del asunto, yo solo estaba llena de teléfonos, llamaba la familia, llamaban los amigos, llamaron tantas gentes solidarias, unas de las que aún no tengo información. Todos me hablaban que habían formado cadenas de oración, en cultos e iglesias diferentes, encomendaban el nombre de mi hija a todas las protecciones celestiales, había quienes me llamaron obsequiosos a ofrecerme dinero, a decirme a donde y cuando y donde había que ir por la droga que pidieran en la clínica. A las pocas horas llegó la hermanita menor, solo tuvo el tiempo mínimo para informar en su oficina que viajaba a tal ciudad, me comentó que con dificultad, en el más mínimo resumen dijo lo de la enfermedad reciente de su hermana y se fue. Llegó a nuestro lado, y ahí estábamos juntos los cuatro en cadena solidaria, después llegó un hermano de la madre y comenzaron

las llamadas, y yo agradecía la existencia de teléfonos pero también odiaba su sonido y ellos los celulares danzaban en mis piernas, todos al tiempo, tenía muchos, demasiados para el dolor de ese momento, pero todos querían saber, llamaban los amigos, los novios, los que algún día me habían oído hablar, los que sabían de nosotros y también los que no nos conocían pero decían sentirse afectados, por lo mismo. Son ríos de palabras, cada quien tiene las suyas, pero todos preguntaban por lo mismo y yo repetía una y mil veces sobre síntomas, diagnósticos, opciones. La hija menor de pronto soltó una risa suave y dijo: *mama pon una grabadora y ya*. Pero no, los ruidos, siempre hemos necesitado de los ruidos, a veces nos atormentan y empalagan y buscamos el silencio, ese silencio exacto cómplice de la vida, del encuentro del sosiego, y a veces como ahora si quería que me llamaran para repetir lo mismo, para creerlo yo a fuerza de decirlo. No, no aparecía tampoco el sentido y la credulidad del hecho, solo habían exploraciones que se hacen con palabras, con angustias, indescifrables los ruidos y el silencio.

Yo no lloraba, pero tampoco pensaba, solo actuaba, llevaba los papeles, contestaba los teléfonos, buscaba al médico. La encargada de mi hija, era una neuróloga joven, abiertamente petulante y a esta circunstancia había que sumar que estábamos en una ciudad ajena, en una clínica que yo nunca había pisado. Ahí estuvimos el largo de una semana. Digo largo porque era más de lo esperado, con informaciones torpes de parte de los médicos. Pedían una droga, cada unidad, según ellos, podía valer varios millones de pesos, y no sabíamos si serían 3, 4 o 5 dosis. Según ellos ese medicamento no existía en el país, lo conseguiríamos en Francia, en Brasil o en USA. Y cuando a fin de cuentas se habían realizado los contactos necesarios, Colombia no permitía su entrada porque no tenía un registro sanitario del Invima. Finalmente la médica, ilustre en su torpeza, nos entregó una certificación en que firmábamos los padres que retirábamos a la paciente voluntariamente de la clínica, mientras la droga llegaba, al país, oficialmente bendecida.

Cuanto mayor es el tiempo que hemos dejado atrás, más irresistible es la voz que nos incita al recuerdo. Pero esta afirmación es igualmente falsa, o por lo menos es ambivalente. Han pasado varios meses desde el episodio que resucitó mi lectura de la novela de Márais. El húngaro que termina su vida en el suicidio no tiene porqué imaginar este deslizamiento de sentido, este fluir de una lectura literaria a un recuerdo que estaba aletargado. Y a falsedad del recuerdo es que el se liga invariablemente a la conciencia o inconsistencia del deseo. Todo este tiempo me negué a pensarlo, cuando lo contaba a mis interlocutores amigos, hacia un relato expedito, que pensé se había convertido en un libreto, cada vez más sintético y aséptico. Ahora en la intimidad de mi escritorio, de este computador, sé que solo tengo una indomable nostalgia, no por el nostos de la lejanía, sino por la tristeza de los dolores que vivimos.

Y sé que no tengo sino episodios fragmentados, esos circuitos de la vida que transita entre altos y bajos, movimientos que ondulan en los recuerdos íntimos. Sería impensable que recordáramos la totalidad de la vida construida, con independencia de la intensidad de sus acaecimientos. Pero si hay fogonazos, chispazos que nos llegan con bastante claridad. A veces son variantes de un

recuerdo, y en los momentos lumínicos son el recuerdo vuelto imagen, tan real como cuando se produjo el hecho. Pero tampoco será igual, porque ya no es acción, pensamiento puro, solo tiene la aureola del recuerdo.

Y así y todo, tengo una imagen definida. El momento cuando a la segunda clínica la hermana menor, la hija pequeña, la princesa a la que alguien había llamado «perditora», inventando una palabra para significar que cuando nació se robó para ella sola el amor de los padres y los tíos y los abuelos. Perditora llegó para auxiliar a su hermana, tan menuda y tan bella, siempre fue hermosa y lo será hasta el final de los días de su existencia. Pero igualmente y esa es su contradicción, su literal encanto: le suma a la femineidad del siglo XIX la diligencia y decisión de las mujeres del XXI.